

1

*Salve, ¡oh, dioses del Templo del alma!,
que pesan cielo y tierra en las balanzas,
que brindan ofrendas fúnebres.*

Khaemuast recibió el aire frío de la tumba con una agradable sensación. Entró tímidamente en el sepulcro, consciente de que su pie era, como siempre, el primero que hollaba la arena gris del suelo desde que los deudos, fallecidos también mucho tiempo atrás, habían retrocedido por los peldaños hacia la salida, seguidos por los barrenadores, para volverse con alivio hacia el sol ardiente y el caliente viento desértico, muchos siglos antes. «En este caso —musitó Khaemuast, mientras andaba con cautela por el estrecho pasillo—, la tumba se selló hace más de quince hentis. Mil años. Soy la primera persona viva que respira este aire en un milenio».

—¡Ib! —llamó con aspereza—. Trae las antorchas. ¿En qué estás soñando ahí arriba?

El mayordomo, con una respetuosa disculpa, se apresuró a acercarse, resbalando y levantando una lluvia de afilados pedruscos que golpeó a Khaemuast en los tobillos, desnudos y polvorientos. Detrás, los esclavos se adelantaron, con obvia renuncia, portando las humeantes antorchas.

—¿Estás bien, padre? —La leve voz de tenor de Hori levantó ecos entre los muros opacos—. ¿Hará falta que apuntalemos algo?

Khaemuast echó un rápido vistazo a su alrededor y gritó que no. Su entusiasmo inicial se estaba convirtiendo rápidamente en un desencanto que le era familiar. Después de todo, sus pies no eran los primeros que hollaban el suelo sagrado del lugar de descanso de aquel antiguo príncipe. Al salir del breve corredor, irguió la espalda y vio, a la vacilante luz de las antorchas, las claras y penosas evidencias del expolio. Las cajas que habían contenido las posesiones terrenas del muerto estaban desparramadas desordenadamente y vacías. Faltaban los frascos llenos de aceites preciosos y vinos de la mejor cosecha de su tiempo; sus únicos vestigios eran algunos trozos de

lacre quebradizo y un tapón roto. Los muebles yacían caídos casi a los pies de Khaemuast: un banquillo de diseño simple; una silla de madera tallada cuyas patas representaban unos patos estrangulados, de ojos ciegos y cuellos flácidos, que sostenían un asiento curvado y un respaldo en donde se arrodillaba sonriente Hu, la Lengua de Ptah; dos mesas bajas, a las que se les habían arrancado las delicadas incrustaciones, y una cama cuyas dos mitades melladas habían sido empujadas contra una pared. Solo los seis shawabtis, inmóviles y siniestros, permanecían intactos en sus nichos, en las paredes. Eran tan altos como un hombre, tallados en madera y pintados de negro; aún aguardaban el encantamiento que los devolvería a la vida para servir a sus amos en el mundo siguiente. La obra entera era sencilla, de líneas límpidas y agradables, elegante sin dejar de ser fuerte. Khaemuast pensó en su propia casa, atestada de aquellos ornamentos refulgentes y toscos que él tanto despreciaba, pero que su esposa admiraba por ser la última moda en cuestión de mobiliario; suspiró.

—Penbuy —dijo a su escriba, que ahora se mantenía discretamente a su lado, con la paleta y la caja de plumas en la mano—, puedes comenzar a registrar lo que haya en los muros. Por favor, sé tan exacto como sea posible y cuida de no completar cualquier jeroglífico que falte con lo que tú imaginas. ¿Dónde está el esclavo de los espejos?

«Esto es siempre como arrear un ganado terco —pensó, en tanto se volvía para estudiar el gran sarcófago de granito, con su cubierta torcida—. Los esclavos temen a las tumbas; incluso mis sirvientes, aunque no se atrevan a protestar, se cargan de amuletos y murmuran plegarias desde que se rompen los sellos hasta que dejamos las ofrendas aplacadoras de comida. Bueno, hoy no tienen por qué preocuparse». Sus pensamientos volaban mientras leía inclinado las inscripciones del ataúd, a la luz de una antorcha sostenida por un esclavo. «Cada tercio de este día es favorable, para ellos al menos. Un día favorable para mí sería aquel en que encontrara una tumba intacta y atestada de pergaminos». Sonriendo para sus adentros, se incorporó.

—Ib, trae a los carpinteros y haz que reparen los muebles y los coloquen en el lugar correcto. Haz traer también frascos de aceite fresco y perfume. Aquí no hay nada de interés; deberíamos estar camino de casa hacia el anochecer.

Su mayordomo le hizo una reverencia y esperó a que el príncipe le precediera por el sofocante pasillo y el breve tramo de escaleras. Khaemuast salió, parpadeando, junto al montón de escombros que

sus excavadores habían arrojado en sus esfuerzos por descubrir la puerta de la sepultura. Aguardó a que sus ojos se acostumbraran a la cegadora blancura solar del mediodía. El cielo era de un deslumbrante azul, sobre el amarillo puro de un desierto impertérrito e infinito que se encontraba a su izquierda y reverberaba a sus ojos.

A su derecha, la llanura de Saqqara mostraba las columnas desnudas, los muros derruidos y la mampostería caída de una ciudad de los muertos que había quedado en ruinas mucho antes, en las honduras del tiempo, y ahora poseía una solitaria y solemne belleza; todas las piedras, bien trabajadas, eran de un pálido color amarillento, y sus bordes afilados y sus largas y prolongadas líneas hicieron pensar a Khaemuast en alguna extraña vegetación inorgánica del desierto, tan severa y poco reconfortante como la arena misma. La pirámide roma y escalonada del faraón Unas dominaba la desolación. Khaemuast la había inspeccionado algunos años antes. Le habría gustado restaurarla, alisar sus empinados flancos armónicamente y revestir con blanca piedra caliza la cara simétrica. Pero el proyecto exigía mucho dinero, demasiados esclavos y campesinos reclutados, y mucho oro para proporcionar pan, cerveza y hortalizas a los trabajadores. Mas, aun así, erosionada como estaba, imponía con su presencia. En su minuciosa investigación del monumento al Gran Faraón, Khaemuast no había podido hallar ningún nombre tallado en la superficie; por eso proporcionó a Unas poder y vida renovados gracias a las manos de sus propios maestros artesanos. Naturalmente, había añadido la inscripción: «Su Majestad ha ordenado que se proclame que el jefe de los maestros artistas, el setem-sacerdote Khaemuast, ha inscrito el nombre de Unas, Rey del Egipto Superior e Inferior, pues no se lo halló en la faz de la pirámide, ya que el setem-sacerdote príncipe Khaemuast amaba mucho restaurar los monumentos de los reyes del Alto y Bajo Egipto». Su Majestad, reflexionó Khaemuast mientras empezaba a sudar por el calor y su portador de dosel corría a protegerle, no se había opuesto a la extraña obsesión de su cuarto hijo varón, siempre que se brindara el debido crédito a él, Ramsés II, User-Ma'at-Ré, en cuestiones de autorización y debido reconocimiento a sí mismo, El Que Hizo que Todo Existiera. Khaemuast sintió, agradecido, que la sombra del dosel se extendiera a su alrededor. Se dirigió con su sirviente hacia las carpas rojas y las alfombras, donde sus guardaespaldas se incorporaron para hacerle una reverencia, e instalaron su silla a la sombra. Le esperaba allí cerveza y ensalada fresca. Se dejó caer bajo los aleros

de su tienda y bebió un largo sorbo de aquella cerveza oscura y agradable, mientras observaba a su hijo Hori desaparecer en el mismo oscuro agujero del cual él acababa de salir. Por fin Hori reapareció para supervisar a la fila de sirvientes que ya llevaban herramientas en los brazos y jarras de arcilla en los hombros.

Khaemuast sabía, sin necesidad de mirar, que su nutrido cortejo fijaba también los ojos en Hori. Era, sin lugar a dudas, el miembro más hermoso de su familia: alto y muy erguido, tenía un andar desenvuelto y gracioso, y su porte altivo conseguía no caer en lo arrogante ni en lo altanero. Sus ojos grandes, de pestañas negras, reflejaban una cualidad traslúcida, de modo que el entusiasmo, o cualquier otra emoción fuerte, los hacía centellear. Sobre los pómulos altos se tensaba una delicada piel parda, que solía presentar bajo los ojos imponentes unos huecos violáceos de aparente vulnerabilidad. En reposo, el rostro de Hori era juvenil, contemplativo, pero al sonreír se partía en unos profundos surcos de placer intenso que le apartaban de sus diecinueve años y súbitamente tornaban indefinible su edad. Tenía unas manos grandes y hábiles, pero también ingenuamente atractivas. Le agradaba todo lo mecánico. De pequeño, había enloquecido a sus niñeras y preceptores con sus preguntas y su malhadada costumbre de desarmar cuanto aparato tuviera a mano. Khaemuast consideraba una gran suerte que Hori se hubiera aficionado también al estudio de las tumbas y monumentos antiguos, y asimismo, aunque en menor grado, al desciframiento de las inscripciones en piedra o de los preciosos pergaminos que su padre coleccionaba. Era el asistente perfecto: ansioso de aprender, capaz de organizar y siempre dispuesto a asumir muchas de las tareas pesadas que hubieran correspondido a su padre en sus exploraciones.

Pero no era por eso que el joven atraía los ojos de todos los presentes. Hori permanecía felizmente ignorante del fuerte magnetismo sexual que desprendía, al que nadie era inmune. Khaemuast había observado sus efectos una y otra vez, con silenciosa e irónica apreciación teñida de pena. «Pobre Sheritra —pensó por milésima vez, apurando la cerveza y aspirando el embriagador y húmedo frescor de la ensalada—. Oh, mi pobre y poco agraciada hijita, siempre tras la sombra de tu hermano, siempre pasada por alto. ¿Cómo puedes amarle tanto, tan sin reservas, sin celos ni dolor?». La respuesta, también familiar, surgió inmediatamente: «Porque los dioses han puesto en ti un corazón puro y generoso, así como han concedido a Hori la

falta de egocentrismo que le salva de la excesiva vanidad de los hombres inferiores, tal vez igualmente hermosos».

Los sirvientes salían en ese momento de la tumba en busca de otra carga. Hori volvió a hundirse en la oscuridad. En lo alto, dos halcones pendían inmóviles en el aire feroz y sin aromas. Khaemuast se adormeció.

Varias horas después, despertó en su jergón, dentro de su tienda. Kasa, su sirviente personal, vertió agua sobre él y le secó con pequeños toques. Después, salió a ver el resultado de los trabajos de sus servidores. El montículo de tierra, arena y escombros que habían hecho junto a la tumba había mermado y los hombres devolvían con palas los restos a su sitio. Hori, en cuclillas a la sombra de una roca, conversaba despreocupadamente con Antef, su servidor y amigo; sus voces eran claras, pero ininteligibles. Ib y Kasa se consultaban con respecto al pergamino que enumeraba los presentes que colocar alrededor del príncipe difunto. Penbuy, al ver que su amo apartaba la solapa de la tienda, acudió rápidamente con un fajo de papiro bajo el brazo. Le ofrecieron más cerveza y un plato de pasteles de miel, pero Khaemuast las desechó con un gesto.

—Decid a Ib que estaré listo para hacer la ofrenda de alimentos para el ka de este príncipe en cuanto haya echado una última mirada al interior —indicó.

Seguido por Penbuy, que caminaba respetuosamente tras sus sandalias, caminó hacia la entrada ya pequeña, bajo un cielo que se bronceaba suavemente. La luz roja empezaba a desplegar estandartes en la arena, y el desierto tomaba un color rosa tras él, albergando sombras cada vez más densas. Los trabajadores se inclinaron a su llegada, pero Khaemuast no les prestó atención.

—Ven tú también —indicó a su escriba, por encima del hombro—, por si deseo hacer algún comentario en el último momento.

Pasó a duras penas por la puerta medio cerrada y avanzó a lo largo del corredor. Le seguía la última luz del sol, arrojando unas largas y llameantes lenguas coloreadas, de una cualidad tan densa que Khaemuast sintió deseos de recogerlas y acariciarlas. Sin embargo, no penetraban hasta el ataúd en sí, en la parte de dentro del pequeño cuarto atestado. Penbuy se detuvo en un sitio donde había aún luz para su paleta. Khaemuast cruzó la línea casi palpable que dividía los dedos del crepúsculo de la tiniebla eterna del silencio y miró a su alrededor. Los esclavos habían hecho un buen trabajo. La banqueta, la silla, las mesas y la cama estaban nuevamente en la po-

sición que habían ocupado durante generaciones, y había unas jarras nuevas contra los muros. Los shawabtis habían sido lavados y el suelo, barrido de los desechos abandonados por los ladrones desconocidos.

Khaemuast, con un gesto aprobador, avanzó hacia el ataúd e insertó un dedo en la abertura que dejaba la tapa torcida. Tuvo la impresión de que el aire era más frío dentro que en el resto de la tumba, y apartó el dedo de prisa, raspando con los anillos el duro granito.

«¿Me observas? —pensó—. ¿Acaso tus antiguos ojos tratan vanamente de atravesar la densa oscuridad que hay sobre ti para buscarme?». Deslizó lentamente la mano sobre la fina capa de polvo que se había acumulado a lo largo de los siglos, cayendo invisible y suavemente desde el cielo raso para quedar así, intacta hasta aquel momento. Ninguno de sus sirvientes se atrevía a lavar un sarcófago, y en esta ocasión él había olvidado hacerlo personalmente. «¿Cómo será —continuaron sus pensamientos— verse reducido a piel seca y marchita, a huesos vendados que yacen inmóviles en la oscuridad, observado por los ojos ciegos de mis propios shawabtis, sin escuchar nada, sin ver nada?».

Khaemuast permaneció concentrado en sus pensamientos, tratando de absorber la atmósfera de *pathos* y otredad mezclados, lo inasible de un pasado que siempre le atraía susurrándole cosas de épocas más simples y grandiosas, mientras los últimos rayos del sol pasaban del rojo a un escarlata mohíno y empezaban a ralearse. En realidad, no sabía qué buscaba en sus vagabundeos por los mudos escombros del pasado. Tal vez fuera el significado del aliento en su propio cuerpo, del latir de su corazón: un significado que podía trascender las revelaciones de los dioses, aunque los amaba y los reverenciaba. Era la necesidad de saciar la sed sin nombre que le poseía desde la niñez y que, en su juventud, había conjurado en él lágrimas de alguna fuente misteriosa que hablaba de soledad y destierro. «Pero no me siento solitario ni infeliz, desde luego —se dijo, mientras Penbuy tosía cortésmente como advertencia. Las sombras de la tumba empezaban a serpentear hacia él con un mensaje: salir—. Amo a mi familia, a mi faraón a mi bello y bendito Egipto. Soy rico, he triunfado y tengo una vida plena. No es eso..., nunca ha sido eso...». Se volvió bruscamente, antes de que una oleada de depresión le abrumase.

—Muy bien, Penbuy. Que sellen la tumba —ordenó ásperamente—. No me gusta el olor de este aire. ¿Y a ti?

Penbuy negó con la cabeza y corrió por el pasillo, mientras el príncipe le seguía con más lentitud. Toda la empresa le había dejado un gusto agrio en la boca, una sensación de futilidad. «Es solo conocimiento muerto el que adquiero de los pergaminos y las pinturas de las tumbas —se dijo al salir al exterior. Pasó junto a los esclavos arrodillados y oyó a sus espaldas otra vez el crujido de las palas en la tierra—. Viejas plegarias, antiguos hechizos, detalles olvidados para redondear mi historia de la nobleza egipcia; pero nada que pueda darme el secreto de la vida, el poder sobre todo. ¿Dónde está el pergamino de Thot? ¿Qué oscuro nicho polvoriento oculta ese tesoro?».

El sol ya había desaparecido. En el cielo suave y aterciopelado comenzaban a cosquillear algunas estrellas. La cháchara y las risas de su cortejo se aceleraron bajo el súbito florecer de unas nuevas antorchas. De pronto, Khaemuast sintió deseos de partir; hizo una seña a Ib y marchó hacia el interior de su tienda. Una lámpara de aceite parpadeaba ya junto al catre, arrojando un cordial fulgor amarillo. Olía a perfume fresco. Ib se adelantó para hacerle una reverencia.

—Di a Hori que se vista —indicó Khaemuast— y tráeme mi atuendo de gran sacerdote. Los acólitos pueden llenar los incensarios y prepararse. ¿Han bendecido ya las ofrendas de comida?

—Sí —asintió Ib—. El príncipe Hori se ha encargado de las plegarias. ¿Quieres, alteza, lavarte otra vez antes de vestirte?

Khaemuast sacudió la cabeza, súbitamente cansado.

—No, envíame un acólito y haré la purificación ritual. Con eso basta.

Aguardó en silencio hasta que apareció Kasa portando con reverencia el voluminoso atuendo de gran sacerdote, a rayas negras y amarillas, sobre los brazos extendidos; mantuvo la vista baja mientras un acólito ofrecía al príncipe un aguamanil lleno de agua perfumada y le ayudaba a desvestirse. Khaemuast inició con solemnidad el ritual del lavado, murmurando las plegarias adecuadas a las que el muchacho respondía. Las volutas del agridulce humo de incienso empezaron a rizarse entre las solapas de la tienda.

Por fin Khaemuast estuvo preparado. El acólito le hizo una reverencia y, después de recoger el aguamanil, se retiró. El príncipe alargó los brazos para que Kasa le deslizara la larga túnica por la cabeza y ambos salieron. Fuera los esperaba Hori, en su papel de sacerdote de Ptah, sujetando el largo incensario del que brotaban unas volutas grises. En unos platos de oro se veían las ofrendas de comida aplacadoras para el ka del príncipe cuya tumba habían perturbado cortésmente.

Se formó la pequeña procesión que avanzó con majestuosa gracia hasta la entrada de la tumba, ya invisible. Los esclavos permanecían postrados, de bruces. Khaemuast se adelantó y, tomando el incienso de manos de su hijo, inició los ruegos por la preservación del muerto, implorando al ka que no castigara a quienes se habían atrevido a contemplar un sagrado sitio de descanso. La oscuridad era ya completa. Khaemuast observaba sus propios dedos, largos y enjorjados, centelleando a la luz de las antorchas, dignificando las antiguas palabras con ademanes de respeto y apaciguamiento. Había celebrado cien veces la misma ceremonia, sin que los muertos se mostraran ofendidos por su entrometimiento ni siquiera una vez. Por el contrario, estaba convencido de que sus cuidadosas restauraciones y sus ofrendas acarrearán bendiciones para él y sus seres queridos, otorgadas por los kas de los príncipes muertos mucho tiempo antes y bastante olvidados.

La ceremonia acabó pronto, y las palabras finales cayeron inexpresivamente en la cálida oscuridad. Khaemuast se arrodilló junto a Hori para que le quitaran la túnica y luego se levantó. Kasa le ciñó el faldellín blanco a la cintura, todavía musculosa, y le puso sobre el pecho su pectoral favorito, de lapislázuli y jaspe. Sentía los ojos irritados por la fatiga.

—¿Vienes a casa? —preguntó a Hori, cuando Kasa hubo salido para llamar a los portadores de la litera.

El muchacho meneó la cabeza.

—No, a menos que me necesites para que ayude a Penbuy a archivar nuestros hallazgos de hoy, padre —replicó—. La noche es tan agradable que Antef y yo vamos a salir de pesca.

—Lleva un guardaespaldas —aconsejó Khaemuast, automáticamente. Y Hori se volvió con una sonrisa.

El trayecto hasta la ciudad de Menfis era largo: desde la alta meseta de Saqqara, se descendía por los majestuosos palmerales y se cruzaba el canal de drenado, ahora poco más que una lisa cinta de oscuridad más intensa, donde se reflejaron momentáneamente las luces de la escolta principesca. Khaemuast, que se mecía en su litera acolchada, tras las cortinas adornadas con borlas, se volvió a contemplar la suave noche, reflexionando, como hacía con frecuencia, sobre las peculiares características de aquella gran ciudad, su favorita. Menfis era, en Egipto, una de las poblaciones habitadas ininterrumpidamente desde más antiguo y también la más sagrada. Allí se adoraba desde hacía dos mil años al dios Ptah, creador del uni-

verso. Allí habían pasado sus sagradas vidas innumerables reyes y por eso un aura de gracia y dignidad impregnaba todas las calles.

Aún se podía ver el centro antiguo de la ciudad, el Blanco Muro de Menes, que en otros tiempos había cercado toda la población y que ahora era solo un diminuto oasis de calma que ricos y pobres de todo el país acudían a contemplar. Observar el paisaje era un pasatiempo nacional, lo hacía todo el que pudiera costeárselo. Khaemuast sonrió para sus adentros con cierta soma, en tanto sus cargadores entraban en las plantaciones de palmeras y el cielo se borraba tras una selva de rígidas frondas plumosas que susurraban agradablemente en la penumbra. La historia se había puesto de moda; no la historia que él estudiaba con tan dedicada decisión, sino los relatos de conquistas y personalidades, milagros y tragedias de los reyes de antaño. Los guías pululaban por los mercados de Menfis, ansiosos de esquilmar a nobles rurales y mercaderes ricos a cambio de emocionantes narraciones de un pasado espurio amenizadas con jugosos escándalos palaciegos de cien, de mil años atrás, de realidad muy dudosa. Había quienes recogían trozos de piedra para grabar sus nombres, y a veces también sus comentarios, en el Muro Blanco, el patio exterior del templo de Ptah y hasta los portones de los templos de reyes en el antiguo distrito de Ankhtawy.

Khaemuast había comenzado a emplear a corpulentos hurrianos para patrullar los monumentos de la ciudad, con órdenes de castigar levemente a los infractores que atraparan y su padre, el augusto Ramsés, no había puesto objeciones. «Probablemente porque no le importa mucho —supuso Khaemuast. Las palmeras empezaban a escasear y el negro cielo nocturno volvía a alzarse sobre él—. Está demasiado ocupado construyendo sus monolitos para la posteridad y expropiando las obras de sus antepasados para atribuir las a su propia gloria, donde es más conveniente».

«Querido padre —pensó Khaemuast riendo para sus adentros—. Implacable, arrogante y falso, pero también lleno de señorial generosidad cuando así te conviene. Has sido más que generoso conmigo. Me gustaría saber cuántas quejas has recibido de los nobles extranjeros que desfiguran nuestras maravillas. Tres cuartos de la población de Menfis son extranjeros enamorados de nuestra fuerte economía y nuestra jerarquía suprema. Desearía que no los amaras tanto».

Sintió que los pies descalzos de sus portadores se movían sobre una superficie dura, y la noche empezó a aclararse con el resplandor anaranjado de la ciudad. Estaban detrás del silencioso distrito de

Ankhtawy, donde los templos se agazapaban amortajados en una penumbra que solo aliviaba, ocasionalmente, la diminuta mota de una antorcha, sostenida para alumbrar a algún sacerdote que se encaminaba a sus tareas nocturnas o volvía de ellas. Más allá de los altos y oscuros pilares estaba el distrito de Ptah, dominado por la imponente Casa del Dios; más allá todavía, el Noble Distrito del Faraón, con dos canales que corrían hacia el Nilo y con su palacio, en algunas épocas descuidado y en otras épocas reconstruido por sucesivos faraones desde tiempos inmemoriales; en el presente, resplandecía, restaurado y ampliado por Ramsés. Sus tumultuosos muelles y depósitos se entremezclaban con las casuchas de los más pobres.

Vislumbró fugazmente la alta y ahora gris ciudadela del Muro Blanco, a la derecha de Khaemuast, antes de que los portadores emergieran de sus sombras y salieran al distrito Norte-de-las-Murallas, donde él y otros muchos nobles tenían sus fincas. Componía una ciudad en sí misma, alejada del ruido y el hedor del distrito sur, donde los extranjeros (canaanitas, hurrianos, keftius, khatti y otros bárbaros) practicaban sus cultos en los altares de Baal y Astarté, y trabajaban en sus ruidosos y toscos negocios con Egipto.

Khaemuast visitaba con frecuencia a los nobles extranjeros en sus propias fincas, que imitaban las propiedades elegantes y apacibles de Norte-de-las-Murallas. Su padre le confiaba muchos de los asuntos de gobierno, sobre todo allí, en Menfis, donde había decidido vivir. Como era el médico más reverenciado del país, los semitas le consultaban a menudo, pero él no les tenía simpatía. Los consideraba arroyos contaminados que invadían las corrientes claras y límpidas de su sociedad, llevando consigo la corrupción de dioses extraños para menguar la reverencia debida a las fieles y poderosas deidades egipcias, aportando el veneno de las culturas exóticas, la moral degradada y los tratos comerciales baratos. Baal y Astarté estaban de moda en la Corte, y los nombres semíticos abundaban incluso en los hogares egipcios puros de todos los estratos sociales. Los casamientos entre razas distintas eran corrientes, y el faraón tenía como mejor y más querido amigo a un semita silencioso y delgado de nombre Ashahebsed. Khaemuast, cortesano nato, estaba habituado a disimular sus sentimientos, y lo hacía con facilidad. Había tratado muchas veces a aquel hombre, que ahora prefería hacerse llamar Ramsés-Ashahebsed, y se limitaba a insultarle sutilmente negándose a llamarle con el nombre de «Ramsés» salvo en los documentos escritos.

El templo de Neith iba quedando lentamente atrás. Sus portadores aminoraron el paso, obviamente cansados. La luz de las antorchas se había vuelto más intensa, pues los habitantes del Norte-de-las-Murallas podían permitirse el gasto de emplear a portadores de luces para patrullar las calles. Khaemuast reacomodó sus almohadones, atento a las voces de la guardia y la respuesta de sus soldados. De vez en cuando, Ramose, su heraldo, lanzaba una advertencia, y Khaemuast veía entonces a los transeúntes arrodillándose en las calles polvorientas y tocando el suelo con la frente hasta que la litera pasaba. Pero había poca gente. Casi todos estaban en su casa, comiendo o preparándose para visitar a los amigos, pues la vida nocturna de la ciudad aún no había comenzado. Por fin Khaemuast oyó la voz del portero de su casa y el chirrido del portón al abrirse. Los guardaespaldas saludaron desde sus puestos, delante de la alta muralla de ladrillos, y el portón se cerró tras él.

—Dejadme aquí —ordenó—. Quiero caminar.

Bajaron la litera obedientemente y descendió, llamando por señas a Ramose y sus soldados. Empezó a andar por el sendero que rodeaba el jardín trasero y se cruzaba con otros senderos: uno conducía a los arbustos y los estanques para peces, ahora reducidos a unas manchas casi invisibles a la izquierda; otro llevaba a las cocinas, graneros y chozas de los sirvientes; y otro, por fin, se dirigía a la casa donde vivían las concubinas de Khaemuast, pequeña, pero agradablemente amueblada. No había muchas mujeres allí, y él tampoco las visitaba con frecuencia ni solía llamarlas a su diván. Nubnofret, su esposa, dirigía la vida de las mujeres como dirigía la casa familiar: con rígida eficiencia, y Khaemuast prefería dejar las cosas así. El sendero circulaba ahora a la sombra del muro de la casa y giraba en la esquina hacia delante, desviándose bajo las blancas columnas de la entrada, en las que se alzaban unas aves pintadas de rojo y azul intenso con frondas de palmera y hierbas del río en los afilados picos. Cruzaba luego los bien nutridos prados de Khaemuast y, por entre los sicomoros, llegaba a los peldaños blancos que bajaban al río, de aguas calmadas y rápidas. El príncipe se detuvo en el cruce, mirando hacia el Nilo y aspirando el aire. Akhet estaba terminando; el río, aún crecido, era un torrente pardo y azul de fecundidad, pero había vuelto a sus riberas tras la inundación anual; los campesinos comenzaban a arrojar la simiente al suelo saturado. Las frondosas palmeras que bordeaban los canales de drenado, las acacias y los sicomoros, todos centelleaban con el brillo de las hojas nuevas, de color verde

claro, y en los jardines de Khaemuast comenzaban a abrirse unos vívidos racimos de flores, con un abandono que asaltaba la vista y colmaba de placer el olfato. Khaemuast no llegaba a verlas, pero le rodeaba su perfume.

Contempló la primera luz de la luna nueva, que chispeaba, inquieta, en el río, ora astillas de plata, ora oscuridad, mientras la brisa nocturna agitaba la maleza sofocada de las riberas y levantaba los ramajes. Los peldaños que bajaban al río eran una invitación desierta, y envidió a Hori, que en ese momento debía de estar recostado en el fondo de su esquife, con Antef a su lado y los sedales de pescar atados al bote, charlando mientras contemplaban las estrellas. La fuente tintineaba como música en la oscuridad y los monos suspiraban y resoplaban en su sitio favorito, bajo el cuenco de piedra que aún retenía el calor del día.

—Esta noche me gustaría abandonarme a la deriva por el río —comentó Khaemuast a su paciente cortejo—, pero supongo que es preciso ver qué ha ocurrido en mi ausencia.

Se dijo que una hora en el río tampoco le haría ningún bien. Estaba inexplicablemente cansado. Le dolían los pulmones por haber inhalado el aire viejo y el polvo de la tumba, y sentía también un dolor apagado en las caderas. Un masaje y una buena noche de sueño en su diván le sentarían bien.

—Ramosé —ordenó a su heraldo—, di a mi esposa que he regresado y que estoy en mis habitaciones. Si la litera de Penbuy ya ha llegado, revisaré cualquier carta del Delta que se haya entregado en mi ausencia. Di a Ib que quiero comer inmediatamente. Kasa puede esperar a que yo termine con Penbuy y luego me dará un masaje. ¿Amek?

El capitán de su guardia se aproximó con una reverencia.

—Esta noche no voy a salir. Puedes despedir a estos soldados. —Y sin esperar respuesta, atravesó las bellas columnas y entró.

El salón de recepciones, destinado a recibir y entretener a los invitados, era amplio y fresco. El suelo estaba cubierto por unos simples mosaicos blancos y negros, y de las paredes escayoladas colgaban unas pinturas en las que aparecía él con su familia, cazando aves en los pantanos, pescando o descansando en el jardín, bajo los toldos. Cuando se construyó la casa, él insistió en que se usaran los tradicionales colores de la antigüedad: blanco, negro, amarillo, azul y rojo; los pocos muebles instalados allí para los huéspedes eran de un diseño igualmente sencillo, realizados con cedro del Líbano e incrustaciones de oro, marfil y lapislázuli.

En lo relativo a aquel salón había logrado acallar las protestas de su esposa. Ella no quería dar a los huéspedes la impresión de que Khaemuast, poderoso príncipe y gran sacerdote, hijo del faraón y virtual gobernante no oficial de Egipto, tenía mal gusto. Pero por una vez la había derrotado, tras una violenta discusión.

—¡Soy un hijo real de Egipto —gritó Khaemuast al final, de un modo muy inusual en él—, y Egipto ha liderado al mundo durante hentis incontables en todos los aspectos de la moda, el gobierno y la diplomacia! ¡Mis sirvientes son egipcios puros y mi familia es custodiada por tropas egipcias, no por mercenarios extranjeros! ¡Mi casa es un santuario egipcio, no un burdel semita!

—Tu casa es un mausoleo egipcio —le respondió Nubnofret fríamente sin dejarse amedrentar por el asombroso arrebato de su marido—, y no me gusta que se me conozca como la esposa de Khaemuast, la Momia. La impresión que damos a los dignatarios extranjeros es extraña, quizá hasta insultante.

Se subió la túnica hasta los anchos hombros y se llevó una mano a las grandes flores de oro y esmalte amarillo que adornaban su cuello.

—¡Y a mí no me gusta que se vea a mi esposa exhibiendo la cloaca políglota en que se ha convertido Egipto! —contraatacó Khaemuast—. ¡Mírate, Nubnofret! Eres una princesa de la más noble sangre, pero te pavoneas con tantos frunces y volantes que pareces una de esas amapolas que todo el mundo ha dado en cultivar en su jardín, solo porque provienen de Siria. ¡Y ese color! ¡Púrpura! ¡Una abominación!

—Tú —señaló Nubnofret, malintencionadamente— eres un sapo viejo y croador. Me vestiré como se me antoje. Alguien tiene que mantener las apariencias. Y antes de que me digas que por ser de la familia real estamos por encima de esas insignificancias, permíteme recordarte que soy yo quien debe recibir a las esposas de los khatti, los sirios y los libios, mientras tú haces negocios con sus maridos. Egipto es una potencia internacional, no un rincón de provincias. Estas esposas salen de mi casa convencidas de que tú eres una fuerza que debe ser reconocida.

—Eso ya lo saben —espetó Khaemuast, ya más tranquilo—. No pueden hacer nada sin sentir mi aliento en sus espaldas.

—Y tú no puedes hacer nada sin mi estupenda organización.

Como de costumbre, Nubnofret pronunció la última palabra. Salió de la habitación, moviendo majestuosamente sus amplias caderas e irguiendo sus magníficos pechos. Khaemuast escuchó, entre frustrado y divertido, el susurro de su túnica, llena de tableados, y

el repiqueteo de sus sandalias doradas. Era una mujer formidable, cariñosa y la más terca que había conocido nunca, pensó mientras salía de la penumbra del salón de recepciones y giraba por el pasillo de la derecha en dirección a sus habitaciones. Aceptó en silencio lo relativo a la decoración del salón, pero se vengó con el resto de la casa, de modo que algunas veces Khaemuast tenía la sensación de vivir en una tienda. Las habitaciones estaban repletas de tesoros, objetos de decoración y cosas extrañas e inútiles provenientes de todas las partes del mundo; estaban dispuestas con buen gusto, desde luego, pues Nubnofret se había criado en una de las mejores casas, pero producían claustrofobia en su esposo, que soñaba con los apacibles espacios interiores y el enjoyado vacío del pasado.

Solo su despacho privado escapó a la coacción de su esposa. Lo colmaba su propio desorden, aunque Penbuy mantenía escrupulosamente ordenada la biblioteca contigua, en la que se guardaban los pergaminos. Aquí Khaemuast podía escapar y sentirse en paz.

Cruzó a grandes pasos ante las puertas cerradas de su dormitorio, donde un sirviente soñoliento permanecía en cuclillas en su banqueta, y entró en su despacho. Allí relumbraban varias lámparas de fino alabastro de color miel. Le esperaba su silla, apartada del escritorio. Cuando iba a sentarse con un audible suspiro de alivio, Ib llamó a la puerta y entró haciendo una reverencia. Depositó una bandeja en la mesa y levantó el paño de hilo para descubrir un humeante trozo de ganso relleno, pescado frito, pepinos frescos y una redoma de vino, sellada por el propio viñador de Khaemuast en su viñedo de las afueras de Menfis. El príncipe le despidió con un ademán y comió con apetito. Cuando estaba terminando, le anunciaron a Penbuy. Con un vuelco en el corazón, Khaemuast vio que el escriba dejaba varios pergaminos sobre el escritorio.

—No me lo digas —gruñó—: las negociaciones matrimoniales se han interrumpido otra vez.

Penbuy se las compuso para asentir en medio de una reverencia. Se apresuró a sentarse en el suelo, cruzó las piernas y se colocó la paleta sobre las rodillas.

—Mucho me temo que sí, príncipe. ¿Te leo los pergaminos mientras acabas de comer?

Khaemuast le respondió lanzándole uno y volvió a su pila de panes calientes.

—Comienza —ordenó.

Penbuy desenrolló el pergamino.

—«Del Poderoso Toro de Ma'at, Hijo de Set, User-Ma'at-Ré, Setepen-Ré Ramsés, saludos a Khaemuast, su hijo favorito. Se requiere cuanto antes tu presencia en el palacio de Pi-Ramsés. El asunto del tributo de los khatti, incluido el despacho de la novia khatti para el Poderoso Toro, necesita tu atención inmediata como consecuencia de una carta de nuestro enviado Huy, que en este momento está en la corte de Hattusil. Ven pronto al norte con las alas de Shu». —Penbuy levantó la vista—. Tiene el sello real —agregó, dejando que el pergamino se enrollara con un leve susurro. Lo dejó a un lado y tomó su pluma—. ¿Quieres responder, príncipe?

Khaemuast hundió los dedos en el cuenco de agua y se reclinó en el asiento, cruzando los brazos. La guerra entre los khatti y Egipto había terminado hacía ya veintiocho años; el tratado oficial databa de doce años atrás. La última batalla, librada en Kadesh, estuvo a punto de ser el fin de Egipto como nación independiente a consecuencia de una serie de desastres menores, pero acumulados: espías mal informados, divisiones militares mal localizadas y comandantes ineptos. Pero Ramsés insistía aún en retratarla en todos sus monumentos y sus templos, flagrantemente, como un brillante éxito de Egipto y el golpe demoledor para los khatti. En realidad, los khatti habían tendido una inteligente emboscada al ejército egipcio en todo su poderío, obligándolo casi a la huida. La batalla había sido un jaque mate en el que ninguno de los bandos avanzó un centímetro.

Catorce años después, ya serenados los ánimos, se firmó y selló el Gran Tratado, para exhibirlo en Karnak. Incluso así, Ramsés insistía en considerar a Kadesh una victoria egipcia y una derrota khatti; el tratado, a su modo de ver, era un acto de desesperada sumisión por parte de Muwattali.

Ahora Hattusil, el hijo de Muwattali, ofrecía a Ramsés una de sus hijas para cimentar unas relaciones amistosas entre las dos grandes potencias. Pero el altanero Ramsés, nunca dispuesto a admitir nada parecido siquiera a la debilidad por parte de un gobernante que era también un dios, interpretaba ese gesto como de apaciguamiento y sumisión. Por su parte, los khatti habían sufrido en tiempos recientes una sequía desastrosa que los había debilitado, y temían que Egipto aprovechara esa situación momentánea para despojarlos de sus campiñas. Por lo tanto, ansiaban sujetar a Ramsés a los términos del tratado por medio de un matrimonio diplomático. Peor aún, según pensaba Khaemuast mientras empezaba a elaborar mentalmente la respuesta a su padre, Hattusil, en su prisa por abrir los brazos a su

real hermano, había prometido a Ramsés una asombrosa dote de oro, plata, muchos metales en bruto, caballos sin límite, ganado, cabras y ovejas por decenas de millares. Tanto el príncipe como la burlona corte egipcia tenían la impresión de que Hattusil estaba dispuesto a trasladar toda Khatti a Egipto junto con su hermosa hija. Ramsés lo había aprobado. Era un tributo por la derrota de su padre en Kadesh.

—¿Príncipe? —pronunció Penbuy suavemente.

Khaemuast volvió a la realidad y se disculpó.

—Perdona, Penbuy. Puedes comenzar. Los saludos habituales, no puedo perder el tiempo en enumerar correctamente todos los títulos de mi padre. Luego: «Con respecto a la llamada de mi gracioso Señor, estaré en Pi-Ramsés con toda celeridad, para colaborar en la resolución de las proyectadas nupcias de Su Majestad. Si Su Majestad desea dejar los intercambios oficiales de mutua confianza y las negociaciones por la dote en manos de este su indigno hijo, en vez de continuar calentando el caldo con sus sagradas pero indudablemente conflictivas opiniones, tal vez podamos servir pronto una aceptable sopa. Mi amor y reverencia van hacia el Hijo de Set con este pergamino». —Khaemuast se recostó en su silla—. Dáselo a Ramose para que lo entregue a un mensajero, preferiblemente a uno que sea lento e inepto.

Penbuy sonrió fríamente, raspando aún el papiro con su pluma.

—En verdad, príncipe, ¿te parece necesario ser tan... tan...?

—¿Directo? —concluyó Khaemuast por él—. No se te paga por criticar el tono de mis cartas, descarado. Solo por escribirlas y utilizarlas correctamente. Dámela para que la selle.

Penbuy se levantó con una rígida reverencia y puso el pergamino en el escritorio. Apenas Khaemuast retiró su anillo del lacre, la puerta se abrió sin previo aviso y Nubnofret entró en la habitación. Penbuy se inclinó hasta el suelo inmediatamente y ella, sin prestarle atención, se acercó a su esposo y le dio un beso indiferente en la mejilla. Wernuro, su servidora personal, permanecía mansamente atrás, con la cabeza inclinada. Khaemuast se levantó disimulando una sonrisa; por centésima vez, pensó que Nubnofret sabía mantener firmemente en su sitio a todos los que trabajaban para ella.

—Veo que ya has comido —comentó su esposa.

Vestía una de las túnicas sueltas e informales que gustaba usar por las noches, cuando no había invitados. Los voluminosos pliegues de hilo escarlata caían alrededor de sus amplias curvas, atados a un costado con un cinturón y unas borlas de oro. De su lóbulo derecho

pendía una pesada ankh de jaspe rojo y oro, que se meció suavemente contra su rostro exquisitamente pintado cuando levantó la vista hacia Khaemuast. Se había quitado la peluca y su cabello castaño rojizo, que le llegaba al mentón, formaba un marco perfecto a su ancha boca pintada de naranja y sus párpados empolvados de verde.

Tenía treinta y cinco años y conservaba una belleza madura pese a las finas arrugas que (Khaemuast lo sabía) empezaban a abrirse en abanico por sus sienes, bajo el kohl negro y los leves surcos que rodeaban aquellos labios tentadores. Pero ella habría descartado aquella voluptuosidad, de haber tenido conciencia de poseerla. Nubnofret, enérgica, eficiente y llena de sentido común, navegaba por entre los arrecifes y los bajíos de las cuentas domésticas, el adiestramiento de los sirvientes, la atención a las visitas de su esposo y la crianza de sus hijos con la consumada facilidad de la mujer adicta al deber. Era intensamente leal a Khaemuast, por lo cual él le estaba agradecido. Sabía que aunque su esposa necesitaba tenerle bailando sin peligro la danza que ella componía, le amaba mucho, pese a su aguda lengua. Llevaban veintiún años de un matrimonio seguro y reconfortante.

—¿Has tenido buena suerte hoy, Khaemuast?

Él meneó la cabeza, sabiendo que preguntaba por cortesía y no por interés. Su afición le parecía denigrante para un príncipe de la realeza.

—En absoluto —replicó tocándose la mejilla que ella le había besado; estaba húmeda por la alheña recién aplicada—. La tumba era antigua, pero estaba dañada por el agua y la incursión de los ladrones. Es imposible saber cuándo ocurrieron esos desastres. Penbuy examinó un par de pergaminos, que a estas horas deben de estar archivados en la biblioteca, pero mi reserva de conocimientos sigue siendo la misma.

—Lo siento —repuso ella, con sincera pena. Su mirada bajó a los rollos que Khaemuast sostenía en la mano—. ¿Hay un mensaje del Delta? ¿Problemas en el paraíso matrimonial? —Los dos se sonrieron—. Tal vez debiéramos mudarnos a Pi-Ramsés hasta que se consumaran los planes del faraón. Casi has gastado nuestra barcaza con tanto ir y venir.

Khaemuast sintió una súbita ternura hacia ella. No le había pasado desapercibido el matiz de nostalgia de su voz, apenas discernible.

—Te gustaría, ¿verdad? —observó con gentileza—. ¿Por qué no llevas a Hori y a Sheritra al norte, durante uno o dos meses? Mi padre no necesita de mí constantemente, Nubnofret. Por el momento, los asuntos de Egipto son pura rutina, aparte de las negociaciones matrimoniales, y estoy en libertad de continuar algunos de los proyectos que he iniciado en Saqqara.

Señaló su silla. Nubnofret se dejó caer en ella y empezó a picotear los restos de la comida. Él reconoció la expresión de tozudez en su cara.

—Mis arquitectos y yo estamos trabajando en unos planos nuevos para el cementerio de los toros de Apis —prosiguió—, y tengo dos restauraciones en marcha: una, en la pirámide de Osiris Sahuré y la otra, en el templo solar de Neuser-Ré. Yo...

Ella levantó una mano, con un trozo de ganso ya frío; hizo un ademán y se lo introdujo en la boca.

—Hace tiempo que he dejado de sentirme ofendida por tu insistencia en anteponer las piedras muertas a tu familia viva —dijo con serenidad—. Si tú no quieres ir a Pi-Ramsés, aquí nos quedaremos todos. Sabes que te sentirías muy solo si te dejáramos al cuidado de los sirvientes.

Era cierto. Khaemuast se sentó en la esquina de la mesa y cruzó los brazos.

—En ese caso, haz que los sirvientes empaqueten unas cuantas cosas y ven mañana conmigo. Mi padre necesita otro diplomático para deshacer todos los problemas que indudablemente ha causado. No dejará también de pedirme que le examine y le recete algo, y a cualquier otra persona que, según su imaginación, pueda requerir de mis servicios. Además, me gustaría visitar a mi madre.

Nubnofret masticaba pensativamente.

—Muy bien —decidió al fin—. Hori también querrá venir, pero Sheritra preferirá no mezclarse con la corte. ¿Qué vamos a hacer con ella, Khaemuast?

—Solo es tímida —respondió él—. Ya se le pasará. Debemos darle tiempo y tratarla con dulzura.

—¡Con dulzura! —resopló Nubnofret—. Ya la mimáis demasiado, tanto Hori como tú. En este mismo instante te está esperando para darte las buenas noches, pero le he dicho que no debe contar contigo esta noche.

Se lamió los dedos y chasqueó con ellos. Wernuro cobró vida inmediatamente y se aproximó a la mesa; sumergió en el cuenco de

agua el paño de hilo que cubría el plato y empezó a limpiar cuidadosamente la mano grasienta de su ama.

—¿Por qué?

—Porque han traído un mensaje del harén que el faraón tiene aquí. Una de las concubinas está enferma y solicita que acudas. —Se levantó de la silla y se acercó a la puerta—. Buenas noches, esposo mío.

—Buenas noches, Nubnofret. Que duermas bien.

Ante una seca palabra de la mujer, la puerta se abrió. Los esclavos porteros se inclinaron ante ella, que salió seguida por Wernuro, y Khaemuast quedó a solas.

Contra su voluntad, abandonó el despacho y entró en su biblioteca. Se detuvo junto a un gran arcón y sacó una llave del cinturón para abrirlo. Al levantar la tapa, un agradable olor a hierbas secas inundó el cuarto. Khaemuast volvió al despacho con una cajita y llamó a Kasa y a Penbuy.

—Ramose —recordó al jefe de heraldos, que había acudido a su llamada—, envía mis disculpas a Amek, si ya se ha retirado a sus barracas, pero necesito inmediatamente dos guardaespaldas. Debo ir a la ciudad.

Una hora después le hacían entrar en el harén de Menfis, entre deferentes reverencias. Era una casa grande y bien amueblada, con ventiladas habitaciones para las muchas mujeres que habían provocado el capricho de Ramsés, quien con frecuencia las compraba solo para olvidarse luego de ellas. En general, llevaban una vida indolente, con todas sus necesidades atendidas y nada que hacer, aparte de chismorrear, pelear entre sí, cuidar sus estupendos cuerpos y comparar impresiones sobre su distante dueño. Empero, algunas de ellas atendían negocios propios en Menfis y las tierras de cultivo circundantes. Se les permitía salir del harén, debidamente acompañadas, y podían administrar sus propias fincas o sus pequeñas industrias. Algunas supervisaban el hilado del lino; otras poseían viñedos o granjas; y unas pocas prosperaban traficando con artículos exóticos por caravana y por mar.

Khaemuast no se interesaba en absoluto por ellas, exceptuando el estudio de sus enfermedades. Había escrito un tratado sobre las enfermedades especiales de las mujeres que constituía una especie de libro de texto para los otros médicos, pero las mujeres, como vehículos de placer, le dejaban impávido. Las pasiones del pasado y de la mente le resultaban mucho más embriagadoras.

Saludó al guardián de la puerta del harén con más brusquedad de la que pretendía y el hombre se arrodilló inmediatamente, apre-

tando la frente contra las sandalias del príncipe en el antiquísimo gesto de suprema sumisión, mientras se disculpaba profusamente por haberle molestado. Khaemuast, impaciente, le indicó que se levantara.

—El faraón no querría que cualquier aprendiz examinara a una de sus mujeres —observó, mientras caminaban por un pasillo donde se alineaban, a intervalos regulares, unas elegantes puertas de madera de intrincado diseño, todas firmemente cerradas—. ¿Quién es mi paciente?

El guardián se detuvo ante la última puerta y Khaemuast esperó, seguido por Penbuy y Kasa. Los dos soldados de Amek se habían separado para apostarse en los dos extremos del largo corredor.

—Es una joven danzarina hurriana. El Poderoso Toro la vio bailar hace un año y la invitó a instalarse aquí. Es pequeña y callada, muy hermosa; ha estado enseñando algunos pasos de baile a las otras mujeres. —Abrió la puerta sin llamar y dio un paso atrás, respetuosamente—. Eso las mantiene entretenidas y les proporciona un poco de ejercicio. En su mayoría son muy holgazanas.

Khaemuast le despidió y entró en el cuarto. Era pequeño y cómodo, y estaba provisto de un buen diván, algunas sillas y almohadones esparcidos, un altar cerrado, unos cuantos arcones que contenían, sin duda, las vistosas ropas de la bailarina y una puerta que, obviamente, conducía a los jardines comunes. Junto al diván, una esclava sentada en un banquillo narraba un cuento en alguna lengua extranjera (hurriana, probablemente) con una aguda voz de sonsonete. La pequeña paciente escuchaba arrobada bajo sus sábanas de hilo. Sus ojos negros reflejaban la luz de la lámpara de aceite que tenía a su lado. Al acercarse Khaemuast, dirigió una seca palabra a la muchacha y trató de levantarse, pero el príncipe la aquietó con un gesto.

—No se necesitan formalidades en el cuarto de los enfermos, a menos que sea para rogar a los dioses —dijo con amabilidad, mientras la esclava se retiraba a un rincón. Penbuy y Kasa ocuparon sus puestos—. Ahora dime qué te ocurre.

La joven le miró con fijeza un instante, como si no le hubiera comprendido. Khaemuast se preguntó hasta qué punto dominaría el egipcio, pero al fin, echando una mirada de soslayo a los acompañantes, ella apartó las sábanas. Su cuerpo delicado estaba cubierto de un sarpullido intensamente rojo, desde el cuello hasta la exquisita curva de los tobillos. Después de observar con atención, Khaemuast

se relajó con una mezcla de alivio y desilusión: alivio, por no verse forzado a pasar mucho tiempo en el harén a aquellas horas; desilusión, porque el caso no tenía nada de extraño o interesante. Llamó con un ademán al guardián de la puerta.

—¿Alguna de las otras mujeres ha presentado este sarpullido?

El hombre negó con la cabeza.

—No, alteza.

Así pues, la dolencia no era contagiosa.

—¿Qué me dices de su dieta? ¿Come lo mismo que las otras?

—Muchas de las mujeres se hacen preparar la comida por separado, tal como les gusta —explicó el guardián, bien dispuesto—. Esta muchacha come de las cocinas del harén. Y te aseguro, alteza, que los alimentos son muy frescos y de la mejor calidad.

Khaemuast indicó a Penbuy que no era necesario tomar notas.

—Por supuesto —asintió, con más aspereza de la que sentía. De pronto, no tenía deseos de calmar con tacto la preocupación del hombre—. El tratamiento es sencillo. Prepara un bálsamo con partes iguales de chufa, cebolla, incienso y zumo de dátiles silvestres. Haz que la esclava le unte la piel con él dos veces al día; en una semana desaparecerán el escozor y la inflamación. De lo contrario, mándame llamar. —Iba a salir cuando sintió que una mano le tiraba del falde-llín. Bajó la vista.

—¿No necesito también un hechizo, gran príncipe? —inquirió la bailarina, con fuerte acento—. ¿No practicarás ninguna magia conmigo?

Khaemuast observó con una sonrisa aquellos ojos negros y vivaces. Luego se sentó en el diván y tomó entre los suyos aquellos dedos finos.

—No, querida mía, no es necesario —le aseguró—. No hay evidencias de una enfermedad producida por el demonio. Probablemente has tomado demasiado sol o has estado nadando en agua sucia; hasta es posible que hayas rozado una planta que a tu cuerpo no le gusta. No te preocupes. La receta que he dado a tu guardián fue encontrada hace muchos años entre los remedios garantizados del templo de Osiris, en Abidos, y no puede fallar.

A manera de respuesta, ella presionó sus labios contra su mano. La impresión del contacto le cogió por sorpresa. Khaemuast se levantó precipitadamente.

—Cuida de que la unten de inmediato para que pueda dormir —fue su última orden, antes de salir al pasillo. Cruzó rápidamente las

puertas y los jardines para subir a su litera, con la mente fija en la necesidad de darse el masaje postergado y dormir profundamente.

Despedidos ya Penbuy y los soldados, cuando estuvo tras las puertas cerradas y custodiadas de su propia habitación interior, permitió que Kasa le quitara la peluca negra, cuyas puntas le cubrían los hombros, desenroscara sus pendientes de turquesa favoritos y librara sus brazos y dedos de anillos y brazaletes. El faldellín fue retirado y puesto a un lado. Con un amplio suspiro de cansancio y placer, Khaemuast se tendió en el diván, boca abajo, entre las blandas almohadas, y sintió gotear el aceite de oliva, caliente y perfumado, del cuenco de Kasa sobre su espalda. Cerró los ojos. Durante un rato se entregó al placer que le producían las fuertes manos de Kasa, que masajearan sus músculos, agarrotados por las tensiones del día. Por fin el sirviente dijo:

—Con tu perdón, príncipe, no se te nota bien ni a la vista ni al tacto. Tu piel, esta noche, tiene la consistencia del queso de cabra. Los músculos se están poniendo flácidos y feos. ¿Puedo recomendarte algo?

Khaemuast rio entre dientes con la boca sepultada entre los almohadones.

—¿Que el médico acepte sus propios consejos? —observó—. Recomienda lo que quieras, amigo mío, y yo te diré si tengo tiempo o deseos de obedecer. Como ya sabes, tengo treinta y siete años. Nubnofret también me importuna con respecto a mi envejecimiento. Pero en verdad, mientras el cuerpo me permita cumplir con mis funciones y no impida mis placeres, prefiero no molestarlo.

Los dedos tiesos de Kasa se le hundieron súbitamente en los músculos. El príncipe percibió su desaprobación.

—Para escurrirse por tumbas viejas y trepar pirámides hace falta un estado físico que estás perdiendo con celeridad, alteza —objetó el sirviente, sentencioso—. Porque te amo, te lo ruego: ordena a Amek que te haga practicar la lucha, el tiro de arco y la natación. Tú bien sabes, alteza, que estás descuidando una buena constitución.

Khaemuast iba a responder bruscamente cuando, de pronto, su mente se llenó con la imagen de la pequeña bailarina enferma. No había observado conscientemente su cuerpo, limitándose solo a su dolencia, pero en ese momento recordó su vientre plano y tenso, las suaves líneas de sus músculos bajo la piel de las piernas y la leve curva de las caderas, donde no se acumulaba la grasa. La visión le hizo sentir viejo y melancólico, vagamente vacío. «Estoy cansado», se dijo.

—Gracias, Kasa —logró pronunciar—. Guarda el aceite, quítame la pintura de la cara y las manos y trae la lámpara nocturna. Por favor, di a Ib que mañana no debe molestarme con ruidos al preparar el equipaje.

Y se sometió a los expertos cuidados de su sirviente personal. Por fin la puerta se cerró, dejándole a solas con el familiar parpadeo de la diminuta llama, aprisionada en su jarra de alabastro, y las densas sombras del cuarto, que se movían con lentitud. Empujó los almohadones para que cayeran al suelo y alargó la mano hacia el cabezal de ébano (Shu sosteniendo el cielo) para ponérselo bajo el cuello. Nuevamente cerró los ojos y se dejó llevar, aún apresado por la curiosa tristeza que le producía, al recuerdo de la pequeña concubina de su padre y su cuerpo perfecto. «¿Por qué me preocupa esto? —se preguntó difusamente—. ¿Qué había en esa muchacha, vista un momento tan brevemente, que ha podido abrir en mí este torrente de reflexiones?».

De pronto lo supo, y se despertó por completo. Por supuesto. Le había hecho pensar en la primera mujer de su vida: una niña, en realidad, de trece años apenas, dueña de unas piernas largas y ágiles, del inicio de unos pechos firmes que, por entonces, eran solo unos pezones oscuros; se endurecieron de manera sorprendente bajo su lengua curiosa. Volvía a degustarla ahora, como si la hubiera poseído solo una hora antes. Había sido una entre las muchas esclavas que los sirvientes más augustos del faraón empleaban para diversas tareas fáciles. Khaemuast, que por entonces tenía solo quince años, había entrado en el salón de recepciones para cenar con trescientos invitados de su padre. Recordaba el picante olor de los conos perfumados que se fundían, el aroma de las flores de loto, amontonadas por doquier, y el estruendo de las risas, que se sobreponía a los cortes arpegios de los músicos.

La muchacha se aproximó a él con una reverencia, para deslizar una guirnalda de azulinas por su cabeza. Cuando se puso de puntillas para hacerlo, Khaemuast sintió que sus pechos desnudos le rozaban el torso y su aliento cálido, sin perfume, le envolvía la cara. Luego ella se apartó y repitió su reverencia. Más tarde, algo ebrio y arrebatado por el calor de la noche, la buena comida y las atenciones especiales de su padre, la vio pasarse entre los invitados, repartiendo los pequeños obsequios dorados que llevaba en una bandeja. Entonces se acercó a ella, le quitó la bandeja para entregársela a un muchacho que pasaba y se la llevó al jardín, impaciente.

La noche era cerrada y muy negra, como los ojos de la niña, como el triángulo de vello áspero que sus dedos torpes exploraron desesperadamente por debajo del fino faldellín. Copularon detrás de una mata, casi a la vista de un soldado que montaba guardia. Luego ella rio infantilmente y, tras recolocarse la ropa, escapó corriendo.

Khaemuast recordó que no habían cruzado una sola palabra. Con la mirada fija en las sombras silenciosas del cielo raso, gimió con suavidad al desvanecerse el recuerdo. Sin duda ella no ignoraba quién era él, y él nada sabía ni le importaba de ella. Solo perseguía la sensación, aquella noche, y ahora el cerebro le devolvía el movimiento de sus músculos bajo las manos, la boca, el sabor levemente agrio de su lengua contra la suya, sus ojos negrísimos, cargados de pasión, fijos en los suyos antes de que él cediera a la lascivia.

La había olvidado hasta entonces. Había poseído a otras muchachas: junto al río, en el atardecer; en el calor de las aplastantes tardes de verano, tras los graneros; en sus propias habitaciones, siguiendo un impulso repentino. A los dieciséis se casó con Nubnofret y cuatro años después le nombraron gran sacerdote de Ptah en Menfis. Así empezó la obra de su vida. A partir de entonces los mensajes urgentes de los sentidos se tornaron más débiles, menos frecuentes: fueron superados por pasiones más fuertes.

«Tristeza por lo que ya no es, sí, lo comprendo —pensó, mientras se preparaba una vez más para dormir—. Pero ¿y el vacío, y la pérdida? ¿Por qué? El único hoyo que ansío colmar es el que guarda el pergamino de Thot. Y si los dioses lo permiten, lo hallaré, y tendré el poder que va con él. Pobre pequeña bailarina hurriana, ¿cuántas veces ha despertado mi padre el deseo en ese delicioso cuerpo tuyo? ¿Sientes hambre de él día tras día o giras y giras para alejar el fuego?».

Se deslizó en la inconsciencia, y los recuerdos no le siguieron.